

Despolitización y Democracia

Prácticas Ideológicas en el Chile Actual

JUAN PABLO RODRIGUEZ

Licenciado en Sociología, Universidad de Chile

rl.juanpablo@gmail.com

Resumen: Este artículo ofrece una interpretación del fenómeno de la despolitización de la sociedad chilena actual. La hipótesis que se plantea sostiene que la paradoja de una sociedad democrática despolitizada, donde los individuos renuncian a su capacidad de conducir los destinos de la 'polis', se puede comprender si atendemos a los mecanismos ideológicos que operan en su base. En el caso chileno, se trata de una creencia inconsciente en el orden, que modela las prácticas cotidianas y define un espacio normativo que permite el "consenso" de los individuos sobre un modelo de sociedad que parte importante de la población dice no compartir.

Palabras Claves: despolitización, fantasía, orden, democracia, antagonismo.

Introducción

"Pienso que deberíamos ser más ordenados, los chilenos. Somos como desordenados los chilenos, de repente, porque uno lo ve, uno lo ve en el esposo en una misma de repente que se desordena, pero eso es lo que yo creo que tendríamos que trabajar los chilenos, ser más ordenados con todo, en todo ámbito de nuestras vidas, sí".

Mujer Dueña de Casa de ingresos bajos.

"O sea, el sistema es así. Va a haber, toda la vida, hasta que se acabe este mundo, la gente rica, pobre y ultra pobreza. Toda la vida, aunque haiga estudio, aunque haiga lo que haigan, siempre va a ver podría decir, la explotación del hombre al hombre. Siempre. No tiene arreglo esta weá".

Verdulero

Anibal Quijano sugería que en América Latina las cuestiones que en cada momento han surgido a la investigación social se han producido como parte del debate de la sociedad sobre sus problemas y sobre las opciones alternativas de solución. En la actualidad, sin embargo, uno de los rasgos que mejor caracteriza a la sociedad chilena es precisamente la falta de un espacio donde poder debatir los problemas que permita hacer confluír la imaginación hacia opciones alternativas de solución. Tradicionalmente, la política se presentaba a estos fines. Pero producto de una serie de cambios que se han producido tanto a nivel global (caída del muro, intensificación y expansión de los influjos financieros y de comunicaciones, y consolidación de un modelo democrático liberal) como local (reformas estructurales impuestas por la dictadura) la política ha dejado de ocupar la posición central que la definía como motor de desarrollo, eje regulador y productor del orden social durante los años sesenta y ha dado paso a una posición secundaria respecto de otras instancias de coordinación social, tales como el mercado. El resultado de este proceso no es sólo el debilitamiento y la desaparición de actores sociales clásicos

que se constituían en referencia al Estado, sino también el predominio de una visión negativa sobre la política, según la cual esta no sería más que “una actividad cupular en la que se habla en nombre de un país y una gente que están simplemente inmersos en otras preocupaciones”¹.

Como han señalado algunos autores², esta especie de hostilidad de los ciudadanos hacia la política y su desinterés por los asuntos públicos no son fenómenos exclusivos de Chile, y es posible encontrarlos también en países y regiones tan diversas como Europa y Estados Unidos. La despolitización en el caso chileno, no obstante, asume un carácter particular que nos remite precisamente al tema que Némesis propone debatir hoy. En efecto, producto de la estrategia de modernización seguida por la Concertación, el Chile despolitizado se ha fraguado paralelamente al Chile democrático, y sobre la base de una estructura social desigual que genera un malestar impotente, ha profundizado las directrices impuestas hace ya bastante tiempo por la dictadura. Lo que más llama la atención, es que muchos chilenos y chilenas, lejos de comulgar con el sistema económico-social, en el discurso aparecen muchas veces como críticos de éste. ¿Cómo adquiere legitimidad entonces un orden que se constituye de espaldas a los sujetos? El presente artículo pretende indagar en estas preguntas poniendo en el centro los conceptos que sugiere la convocatoria: desigualdad y poder. Para ello, emplearé algunos conceptos que propone la teoría contemporánea de la ideología, porque, en algunas de sus versiones, ha sido esta teoría la que mejor ha pensado la relación entre una estructura social desigual, y el malestar que genera en el contexto de un régimen político democrático que mediante el poder produce y reproduce las bases para el consenso y su legitimidad.

Sobre el Problema de la Despolitización

Conviene aclarar desde un principio que por despolitización pueden entenderse distintos fenómenos que, aunque relacionados, son al menos analíticamente distinguibles. El fenómeno tiene como raíz un proceso que teóricamente ha sido descrito desde sus inicios por la sociología como una separación entre lo político (entendido como praxis socializada del demos, como lugar donde se discute el manejo colectivo de una sociedad en tanto totalidad) y la política (entendida como una profesión específica circunscrita al ámbito específico de un Estado jurídico) que ha tenido lugar en las sociedades modernas; un efecto de aquello que desde Weber en adelante ha sido puesto bajo el nombre genérico de racionalización. La paradoja de la modernidad estriba precisamente en que la política, que nace principalmente como voluntad colectiva y consiente de autodeterminación histórica, pierde su anclaje normativo y termina relegada a una esfera meramente instrumental a cargo de expertos.

En otro nivel, pero estrechamente relacionado con el anterior, la despolitización se relaciona con aquello que Chantal Mouffe ha llamado *la paradoja democrática*³. Según la autora, la democracia moderna nace de la tensión entre dos tradiciones diferentes, como lo son la tradición democrática y la tradición liberal. El problema es que producto de la extensión de la hegemonía neoliberal, el actual sentido que se le da al término sólo está asociado a los principios propios de la primera tradición y han

1. M. A. Garretón, *Del Pinochetismo a la sociedad democrática*, Ramdon House Mondadori, Buenos Aires, 2007, p. 131.

2. A. Joignat, “Despolitización e indiferencia democrática”, *Opinión D.F.*, Lunes 11 de abril 2005, p. 43.

3. Ch. Mouffe, *La paradoja democrática*, Gedisa, Barcelona, 2003.

desaparecido elementos tan importantes de la segunda, como el principio de soberanía popular o la idea de pueblo. Una sociedad despolitizada, desde esta perspectiva, se refiere a una sociedad que no es capaz de reconocer los principios democráticos propiamente tales, que incluye entre otras cosas, el reconocimiento de que ambas lógicas, la de la libertad y la de la igualdad, son incompatibles, y que sólo pueden negociarse de distintos modos para llegar a una reconciliación siempre imperfecta.

En términos metodológicos, en el sentido amplio del término, uno puede aproximarse tanto desde "arriba" (sistema político) como desde "abajo" (sociedad) al problema. Desde arriba se trata de dar cuenta del déficit normativo con que choca el sistema político en un contexto de excesiva autonomización. Paradigmático de este enfoque es el tratamiento habitual que se hace al evaluar la "salud" de la democracia en nuestro país⁴. Una vez conquistado el régimen político democrático queda por reintegrar una serie de factores para gozar de una democracia plena. Desde este punto de vista, el fenómeno de la despolitización es enfocado desde el concepto de déficit ciudadano; el problema es la escasa participación en las instancias formales de participación que ofrece el régimen y las posibles fuentes de erosión de legitimidad que de ella puedan derivarse. Desde "abajo", en tanto, el problema se plantea más bien de la siguiente manera: en qué medida el régimen político se sostiene en determinadas condiciones sociales que hacen que éste no sólo no obtenga la legitimidad que requiera de una base ciudadana, sino que aparentemente no las necesite. Desde esta perspectiva se trata de evaluar cuáles son las condiciones sociales que hacen que en un contexto determinado opere el consentimiento de una población que aparentemente ha renunciado a conducir el cambio hacia un modelo de sociedad dado.

La opción por una o por otra estrategia depende, en último término, de lo que se entienda por política. Si concebimos la política como una voluntad colectiva de autoderminación histórica, esto es, "la instancia donde hombres y mujeres deciden colectivamente el destino de la polis"⁵, nos vemos obligados a situar el problema más allá del régimen político. Lo que sea la política, nos recuerda Lechner⁶, es precisamente una lucha por definir lo político, y el problema radica en que hoy en día, pareciera que las condiciones de visibilidad de un horizonte histórico donde dar esa lucha están siendo minadas.

De la Ideología a la Fantasía

Una de las hipótesis que este artículo intenta bosquejar, siguiendo la conceptualización que propone Slavoj Žižek de la ideología como fantasía, es que la sociedad chilena actual puede ser vista en términos de una "fantasía democrática" y que verla de esta manera nos permitirá comprender de mejor manera el carácter despolitizado que asume hoy. El término fantasía no remite aquí ni a las deficiencias de un proceso de democratización incompleto ni al consecuente déficit democrático que de ellas se puedan derivar, sino más bien a la dinámica mediante la cual el poder se transforma en orden y a los mecanismos ideológicos que subyacen a esta mediación. En efecto, si entendemos por legitimidad "el reconocimiento de un orden político" no se debe pasar por alto el hecho de que la realidad sobre la cual

4. Véase, por ejemplo, PNUD, *La democracia en América Latina: hacia una democracia de ciudadanos y ciudadanas*, Aguilar, Buenos Aires, 2004.

5. R. Baño, "El nuevo carácter del apoliticismo", *Serie de estudios políticos*, N° 33, CEPAL, Santiago, 1995.

6. N. Lechner, "La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado", *Obras escogidas*, tomo 1, LOM, Santiago, 2006

opera cualquier reconocimiento de dicho orden es una realidad producida y modelada ya por el poder. Al menos en un primer nivel, la fantasía implica precisamente el poder de crear una realidad que define el espacio normativo sobre el cual se construye la legitimidad.

Un segundo elemento propio del concepto de fantasía se refiere a la manera en que las normas se internalizan. Tradicionalmente, el concepto de ideología operó con la noción reproductivista de la ideología formulada por Althusser, según la cual el sujeto se constituía como tal sólo en la medida en que era interpelado por la ideología y se reconocía en dicho mandato. En la actualidad, sin embargo, cuando se han declarado muertas la mayoría de las ideologías clásicas, difícilmente se podría seguir manteniendo el concepto de ideología en ese sentido. El concepto de fantasía, a diferencia del concepto clásico de ideología, propone, en cambio, que es precisamente porque el individuo no se reconoce cien por ciento en el mandato ideológico, que puede quedar preso de sus efectos. En otras palabras, es la propia resistencia al mandato ideológico, la propia negación a someterse a su poder o el desconcierto que este genera, lo que produce como efecto una conducta plenamente coherente con dicho mandato. El individuo de hoy no necesita conocer ni aprehender una determinada causa ideológica para actuar conforme a ella; más aún, es precisamente porque no "cree" en ella que puede seguirla al pie de la letra. Si el neoliberalismo puede ser concebido como ideología es precisamente por esto: tiene el poder de comprometer a individuos supuestamente descomprometidos en un orden dado.

Un segundo elemento propio del concepto de fantasía se refiere a la manera en que las normas se internalizan. Tradicionalmente, el concepto de ideología operó con la noción reproductivista de la ideología formulada por Althusser, según la cual el sujeto se constituía como tal sólo en la medida en que era interpelado por la ideología y se reconocía en dicho mandato. En la actualidad, sin embargo, cuando se han declarado muertas la mayoría de las ideologías clásicas, difícilmente se podría seguir manteniendo el concepto de ideología en ese sentido. El concepto de fantasía, a diferencia del concepto clásico de ideología, propone, en cambio, que es precisamente porque el individuo no se reconoce cien por ciento en el mandato ideológico, que puede quedar preso de sus efectos. En otras palabras, es la propia resistencia al mandato ideológico, la propia negación a someterse a su poder o el desconcierto que este genera, lo que produce como efecto una conducta plenamente coherente con dicho mandato. El individuo de hoy no necesita conocer ni aprehender una determinada causa ideológica para actuar conforme a ella; más aún, es precisamente porque no "cree" en ella que puede seguirla al pie de la letra. Si el neoliberalismo puede ser concebido como ideología es precisamente por esto: tiene el poder de comprometer a individuos supuestamente descomprometidos en un orden dado.

El concepto de fantasía desplaza, de este modo, el desconocimiento clásico que implicaba la noción de falsa conciencia, del plano del saber o del conocimiento, al plano del hacer. Lo que desconoce el sujeto ideológico de hoy no son sus condiciones reales de existencia, sino el hecho que en su práctica cotidiana, en lo que hace, pone ese saber a sus espaldas y reproduce el orden que la fantasía (ideología) busca sostener. Žižek⁷ explica este fenómeno a partir de la frase clásica de "El Capital" "ellos no lo saben, pero lo hacen". Según el autor esloveno, ya no podemos plantear que existe una conciencia ingenua que la crítica ideológica tiene que "salvar" o "elevant" al conocimiento "verdadero" como pensaba Althusser, por lo que si no queremos renunciar al concepto de ideología debemos reformular la frase en términos de un: "ellos lo saben, pero aún así lo hacen". Para explicar por qué pese a que "sabemos"

7. S. Žižek, *El sublime objeto de la ideología, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003.*

aún así “lo hacemos”, aún así persistimos en la ideología, Žižek plantea que nuestros actos, actitudes y motivaciones cotidianas pueden ser conceptualizadas como una “creencia” que es radicalmente externa al sujeto. La creencia no es, desde esta perspectiva, una motivación “interna”, sino más bien una práctica estructurada inconscientemente que modela nuestro actuar y define nuestra relación con la fantasía, pese a o en un nivel distinto del saber (consciente, reflexivo), que se mantiene “oculto” en la práctica cotidiana (en el hacer) debido a que posee un carácter traumático.

En *El carácter traumático del consenso en torno al “Modelo Chileno”: una investigación sobre la elite política chilena*, Ricardo Camargo Brito⁸ muestra los rendimientos analíticos que reporta la utilización de la noción de fantasía (ideología) para el análisis de procesos sociopolíticos chilenos y la manera en que la noción de trauma (y su consecuente aversión al conflicto, al caos y otros miedos) permite explicar el cierre discursivo y el consenso de la elite política en torno al modelo chileno de la transición. Algo similar puede decirse con respecto a la “sociedad civil”. Según Žižek, el orden social (y el orden simbólico) está estructurado en torno a un antagonismo fundamental, un núcleo traumático que no puede ser integrado a dicho orden, y que precisamente porque no puede ser integrado, determina la aparición o la invocación de la fantasía. La fantasía, de esta manera, no oculta la realidad sino lo que en esa realidad se reprime. Si lo que sabemos, entonces, desaparece en nuestra práctica cotidiana, es porque ese saber posee un carácter traumático que remite a un antagonismo fundamental y que necesariamente debemos pasar por alto si queremos actuar. De esta manera, la realidad social adquiere una lógica sostenida en un cierto “como si”: sabemos que durante la dictadura se asesinaron a miles de chilenos, pero en la práctica hacemos como si no lo supiéramos; sabemos que Chile es un país inmensamente desigual pero hacemos como si no lo supiéramos.

La Fantasía Democrática chilena

Veamos ahora algunos de los componentes que conformarían la fantasía democrática chilena, aquellos elementos que efectúan la mediación del poder en orden y contribuyen a la perpetuación de un modelo de sociedad sustraído del control de la mayoría de los sujetos que lo conforman. Una vez revisados brevemente dichos elementos podremos ahondar en la creencia que sostiene dicha fantasía democrática y en el antagonismo que la funda.

En primer lugar, tenemos la constelación de los miedos presentes en la realidad social chilena actual y la erosión de la sociabilidad que conlleva. Lechner⁹ identifica tres tipos de miedo que son característicos de la sociabilidad chilena actual. En primer lugar, el miedo al otro, cuya cara visible es el miedo al delincuente, y que representa fundamentalmente el miedo al conflicto que el otro representa. Sin ir más lejos, según el último informe del PNUD¹⁰, el 69,8 % de los encuestados sostiene que no se puede confiar en las personas. Pero el miedo al otro ha sumado durante este último tiempo una nueva figura a la figura del delincuente la figura del mapuche. En ambos casos, además de tratarse de un miedo al

8. R. Camargo, *El carácter traumático del consenso en torno al “Modelo Chileno”: una investigación sobre la elite política chilena*. Versión digital en <http://nuevomundo.revues.org>

9. N. Lechner, *“Las sombras del mañana: la dimensión subjetiva de la política”, Obras escogidas, tomo 1, LOM, Santiago, 2006.*

10. PNUD, *La manera de hacer las cosas, Informe sobre Desarrollo Humano en Chile, Santiago, 2009, p. 223.*

conflicto que el otro encarna, se trata también del desorden que éstos representan en términos de los valores propios del orden democrático chileno. Mientras el delincuente representa la obtención ilegítima (sin esfuerzos) de recursos, el mapuche invoca la figura de la violencia, de la flojera, de la ineficiencia e improductividad.

En segundo lugar, el miedo a la exclusión, que se refiere al temor que siente la gente de quedar fuera de los “frutos” del proceso de modernización, fuera del mercado del trabajo y de bienes, fuera de los servicios básicos de salud y previsión, fuera del consumo y, especialmente durante el último tiempo, quedar excluido del sistema educativo. Según los datos cualitativos producidos por el CIES¹¹, una parte importante de las personas siente que las injusticias radican en la falta de acceso o desigual acceso a servicios básicos, tales como salud (categorías sociales ligadas a sectores medios-bajos y bajos) y educación (categorías sociales ligadas a sectores medios y medios altos)¹².

Y finalmente, el miedo al sinsentido, que se relaciona con el sentimiento de incertidumbre que las personas experimentan producto de la invasión del mercado a la esfera social; aunque no es nuevo, este sentimiento de incertidumbre se intensifica hoy porque no hay señales de que aparezcan nuevas o viejas instituciones que intenten contrarrestar dicha experiencia. Los niveles de malestar tanto individual como colectivo, según las entrevistas semi-estructuradas proporcionadas por el CIES¹³, son en efecto, considerables en aquellas categorías y grupos que no poseen los recursos para acceder con facilidad a los servicios básicos o trabajan en condiciones precarias y con alto grado de informalidad.

La persistencia de estos tipos de miedos y la posible emergencia de otros nuevos configuran una sociabilidad frágil, un *nosotros* precario y un *yo* fragmentado que a falta de una “comunidad”, busca refugios en pseudocomunidades que no pasan los límites de un desahogo narcisista o de la simple evasión. Pensar un espacio público en este contexto donde hasta el ámbito privado ha perdido las huellas de la individualidad que le servía de base (en el modelo burgués de opinión pública eran individuos privados los que se reunían en público), es altamente difícil si no se atacan las causas de dichos miedos y se insiste en una política de pseudoparticipación a través de mecanismos formales dirigidos por el Estado. En segundo lugar, en tanto, encontramos lo que Moulian¹⁴ ha llamado el “blanqueamiento de Chile”: una operación mediante la cual no se busca tanto borrar el pasado como despojarlo de su violencia y gravedad, haciendo impracticable el ejercicio de la memoria. Como señala Nelly Richard, “la transición le encargó a los administradores oficiales del consenso la tarea de atenuar las marcas de la violencia que permanecía adherida al contorno de las palabras que nombran la conflictualidad del recuerdo, para reducir-eufemísticamente-la gravedad del sentido contenida en su dramática de los hechos y hacer que ya nada intolerable, nada insufrible, eche a perder las celebraciones oficiales de lo llevadero”.

11. Centro de Estudios sobre Estructura Social de la Universidad de Chile. Datos disponibles en el sitio web www.ciesmilenio.cl

12. Se llevó a cabo un análisis de contenido del ítem “¿cuáles son las cosas que usted cree que son más injustas que pasan en Chile, en nuestra sociedad?” en 50 entrevistas semi-estructuradas realizadas en la ciudad de Santiago.

13. Se llevó a cabo un análisis de contenido del ítem “Piense en los inconvenientes que tiene usted en su vida, esas cosas que le impiden cumplir sus expectativas, sus desafíos o los intereses que usted tiene. Si tuviera que señalar qué ha causado que no pueda cumplir sus esperanzas ¿qué diría?” en 50 entrevistas semi-estructuradas realizadas en la ciudad de Santiago.

14. T. Moulián, *Chile actual, anatomía de un mito*, LOM, Santiago, 2002.

En términos generales, lo que ocurre mediante esta operación es una profunda modificación en las coordenadas temporales y de sentido en que antes se resguardaba la historicidad. Pues con el blanqueamiento no sólo se pierde la posibilidad de actualizar un pasado siempre presente, sino que sobre todo, se hipoteca la opción de construir dicho pasado desde un futuro, desde un horizonte utópico donde la lucha por el presente cobre sentido. El resultado de esta operación es la experiencia de un tiempo plano, sin peso y sin relieve histórico, donde la fuerza de los hechos se impone por sobre todas las cosas.

La Creencia en el Orden y el Antagonismo Fundamental

Son varios otros los elementos que pueden ayudar a describir la fantasía democrática chilena y la fuerza consensual que despliega. No obstante, de alguna u otra manera, la literatura de la transición se ha encargado ya de esta tarea. Lo que falta, más bien, es describir el modo en que se asegura dicho consenso. ¿Cómo es posible que experimentando miedos, incertidumbres, malestar individual y colectivo y sin un horizonte utópico desde donde imaginar un futuro construido por todos, se asegure el consentimiento de la ciudadanía al modelo societal imperante? Más aún, cómo es posible que esto suceda, en contra incluso de la opinión que tienen los propios chilenos sobre varios de los aspectos fundamentales que definen la estrategia de modernización actual.

Pues bien, como ya se ha señalado, el concepto de ideología que empleamos posee la connotación de una fantasía que estructura la realidad social en base a un núcleo antagónico que excluye, y específicamente la exclusión de ese antagonismo traumático, lo que determina la aparición de dicha fantasía. La efectividad y coherencia de la fantasía, en tanto, está dada porque ésta se encuentra sostenida en una creencia (práctica inconsciente externa al sujeto) que para el caso chileno-nos atrevemos a plantear- se trata de la creencia en el orden. En efecto, si algo tienen en común los elementos que identificamos como parte constitutiva de la fantasía democrática chilena, es su constante referencia a la invocación del orden frente a las fuerzas del caos. El pasado, el delincuente, el mapuche, la política incluso, representan el caos que irrumpe en una sociedad que, al equiparar democracia a estabilidad, vació de contenidos la utopía democrática, convirtiéndola en ficción (en fantasía).

Según el PNUD, más de la mitad de los chilenos prefieren vivir en una sociedad ordenada, aunque se limiten algunas libertades, y según otras investigaciones que han estudiado el peso que el valor del orden posee en la realidad social chilena actual¹⁵, el orden es mejor valorado que la igualdad, el progreso y la libertad. Esta situación, que contradice abiertamente el impulso supuestamente liberal del Chile actual, se explica por lo que Lechner llama "seguridad de orden", una fascinación que se logra cuando orden y duración adquieren significación en la conciencia. Esta fascinación encuentra su correlato en la teoría de la ideología de Žižek en el concepto de *goce*, que se define como un exceso intolerable de placer en el que, pese a causar dolor, se persiste. Según el autor chileno, no hay manera de escapar a este goce por el orden, ya que este representa la seguridad, la vida, y la claridad. No obstante, se debe hacer la distinción entre el orden establecido y el orden construido políticamente, lo que nos lleva nuevamente al tema del antagonismo.

15. A. Mayo, "Memorias del subsuelo: exploración de la economía de los valores en el Chile actual", *Revista de Sociología*, N° 21, Departamento de Sociología, Universidad de Chile, 2007.

En efecto, sólo puede haber orden políticamente construido si se reconoce la naturaleza conflictiva de lo social y el antagonismo que le subyace. Sólo si se reconoce el carácter eminentemente conflictivo de la vida social es posible pensar en la lucha por el orden, y en ese contexto, recomponer un ámbito político público que reconozca a la política como un proceso de ordenamiento conflictivo de una sociedad dividida. En el caso chileno, este antagonismo fundamental sobre el cual se erige la fantasía democrática remite a una estructura social dividida entre aquellos que gozan de los beneficios de la estrategia de modernización y aquellos que no pueden acceder al bienestar que este modelo les promete. En ese sentido, la “democracia” nos ofrece una realidad social reconciliada y ordenada que sólo puede presentarse como tal en la medida en que no enfrenta el duro núcleo de sus divisiones. De ahí que los procesos de democratización (social), que implicarían ciertos ajustes en la estructura social, sean incompatibles en Chile con el régimen político democrático tal como lo concebimos hoy.

Por lo demás, es esperable que aquellos que ocupan posiciones menos ventajosas en la estructura social, inviertan más en el orden establecido. La lógica del goce implica postergar siempre el encuentro definitivo con el objeto- causa de goce, lo que en términos simples significa que gozamos el orden no por lo que nos ofrece sino por lo que nos promete. De esta manera, la estructura social puede ejercer un control sobre aquellos que, por su posición, se encuentran dispuestos a toda clase de promesas con tal de sobrevivir y consentir. Lo único que se requiere es que no sean removidas las reglas del juego y se mantenga el orden: “Alcanzado ese grado de certeza los individuos, incluso los más reprimidos, comienzan por invertir intereses en el orden establecido. O sea, intentarán obtener una capacitación adecuada para un buen lugar de trabajo, que les asegura un cierto ingreso, buscarán una vivienda y la confianza de sus superiores, y por lo demás, evitarán comprometerse”¹⁶. Para que dicha situación se mantenga entonces, es necesario ocultar la división que la propia estructura profundiza y utiliza como forma de asegurarse el consentimiento.

Quizás sea en este sentido entendible la recomendación que realiza Žižek de retomar el lenguaje marxista clásico y ver el problema de la desigualdad y el poder en términos de lucha de clases: “el mejor ejemplo de este núcleo imposible que constituye en su negación a la realidad social, de que algo que “no existe en la realidad” pero que sin embargo la constituye, es la noción de lucha de clases: la “lucha de clases” designa el antagonismo que impide a la realidad (social) objetiva constituirse como una totalidad encerrada en sí misma. Aunque la “lucha de clases” no aparece directamente en ningún lugar como entidad positiva, funciona, sin embargo, en su ausencia misma, como el punto de referencia que nos permite ubicar cada fenómeno social, sin relacionarlo con la lucha de clases como su sentido último (“significado trascendental”), sino concibiéndolo como un intento (más) de ocultar y “remendar” la fisura del antagonismo de clases, de borrar sus huellas”¹⁷.

16. *Ibid.*, p. 197.

17. S. Žižek, *op. cit.*, p. 27. Este intento de ocultar y borrar las huellas del antagonismo en Chile se complementa entonces con esta especie de compulsión por el orden que es dado observar en opiniones, juicios, actitudes y valores que profesan los chilenos y que a primera vista no se relacionan directamente con el orden político, pero que, no obstante, lo sustentan y le dan coherencia y legitimidad. No se trata, por supuesto, de identificar automáticamente cualquier experiencia cotidiana de orden con el orden político establecido (si quiero mantener ordenado mi escritorio no significa que esté contribuyendo al sistema de dominación), sino de evaluar en qué medida la necesidad de orden que se trasluce en prácticas o juicios evaluativos y expresivos sobre fenómenos sociales, contribuye al mantenimiento del orden establecido. Entrevista a Alberto Mayol, 20 de Agosto de 2009.

En definitiva, pese a que en el discurso los chilenos y chilenas se manifiesten proclives a una mayor intervención del Estado en la esfera económica y social, haya incredulidad frente el mérito como forma de obtención de riquezas y se condenen la existencia de desigualdades tan marcadas, en la medida en que se siga ocultando el vacío que abre el antagonismo fundamental de la lucha de clases, persistirá la creencia en el orden y la fantasía democrática que ésta sostiene, y se postergarán las posibilidades de construir un orden político propiamente tal y una democracia que reconozca los principios fundamentales en los que se fundó.

Lecciones del Caso Spiniak: a Modo de Conclusión

En el marco de una investigación sobre el estudio de los fenómenos ideológicos en Chile, tuve la ocasión de realizar una entrevista a un investigador y profesor que, en calidad de informante clave, me señaló una experiencia de investigación que es ilustrativa de lo que podemos extraer como conclusiones para lo que aquí se ha dicho. Al investigador se le encomendó realizar una investigación sobre los posibles efectos políticos que podía reportar el involucramiento de algunos personajes políticos en el caso Spiniak¹⁸. Para ello dispuso como estrategia investigativa la realización de una serie de grupos focales para intentar aproximarse comprensivamente al fenómeno. En la mitad de dichos grupos el propio investigador participó como moderador.

Pese a que el caso Spiniak tuvo una resonancia mediática muy importante, y pese a que mucha gente no dejaba de comentar el caso, el investigador sólo encontró silencio, interrupciones o soslayos en la totalidad de los grupos focales cuando se intentaba abordar el tema en cuestión, aun cuando se introducía el tema a la mitad del desarrollo de la conversación. Tomando esto en consideración, y a modo de experimento, el investigador anotó las palabras tabú que nunca se mencionaban pero que eran insinuadas en la conversación, y al final de uno de los grupos focales, las dijo todas juntas: abuso de menores, drogas, perversión, muertes, etc. La reacción del grupo fue un silencio más extenso y más incómodo que el anterior y una actitud disgresiva hacia tópicos muy alejados del tema en cuestión.

Por supuesto, esta situación hizo que los grupos focales fallaran porque no era dado encontrar ningún "texto" ni muchos menos un discurso más o menos estructurado en torno al tema. Preocupado por esta situación, y luego de agotar todos los mea culpas metodológicos que pudieran haber influido en el proceso, el investigador se contactó con una psicóloga experta en delitos sexuales de la Brigada de Investigaciones de Chile, quien le comentó que el comportamiento del grupo había sido similar al que ocurre en un ambiente familiar (una casa) donde han ocurrido abusos sexuales (en general, del padre o padrastro a sus hijos). En dichos hogares, según la psicóloga, la cónyuge del padre opera bajo la ley del silencio, esto es, aun cuando sabe lo que el padre hace con sus hijos, prefiere callar, al comienzo por miedo, pero luego porque se genera una suerte de complicidad entre ambos que es vista como una fuente de unión. A partir de aquí, entonces, de este reconocimiento/desconocimiento se articula un orden en la casa, un orden del abuso que no es visto como tal, donde el padre es el abusador, la madre la cómplice gozosa (la madre goza en su rol de cómplice, y no genera culpas) y los hijos los abusados. Lo relevante

18. Recordemos que el caso Spiniak se refiere al proceso judicial llevado a cabo en contra del empresario Claudio Spiniak, acusado de pedofilia durante el año 2003. El caso tuvo gran cobertura mediática e involucró a algunos diputados y senadores chilenos

de esto es que la mujer se vuelve cómplice y no denuncia, ni huye de la casa, no sólo porque sienta miedo y porque goce con la perversión del esposo, sino porque ideológicamente se crea argumentos para no hacerlo (no hay dinero para escapar, denunciar va a ser peor, etc.), argumentos completamente plausibles que permiten legitimar este nuevo orden.

Es esta operación la que señala el funcionamiento por excelencia de la ideología en la actualidad: mentir con la verdad. Es verdad que la delincuencia es mala, que algunos mapuches son flojos, que siempre es preferible el orden que el desorden, pero el punto no es si eso es verdadero o falso, el punto es que esos argumentos funcionan, a pesar de la conciencia y voluntad de los sujetos, como garantes de un orden que necesita de la "ley del silencio" (despolitización) de los cómplices gozosos y cínicos (sabemos que, pero aun así hacemos como si no lo supiéramos) para reproducirse y perpetuarse sobre la base de un viejo abuso, que aun no nos atrevemos a reconocer y a mirar por temor a perder las (escasas o abundantes) cosas que hace rato han encontrado su orden en la casa. **N**

